

la de Norberto de Varenne, húmeda y fría, se escapaba deslizándose entre los dedos. La del viejo Walter fría y blanda, sin expresión ni energía; la de Forestier grasa y tibia. Su amigo le dijo en voz baja:

— Mañana á las tres, no lo olvides.

— ¡Oh no! descuida.

Al encontrarse en la escalera tuvo deseo de bajarla corriendo, tan vehemente era su alegría, y se lanzó á bajarla de dos en dos escalones, pero de pronto advirtió en el gran espejo del segundo piso que un señor muy apresurado le salía al encuentro dando brinco, y entonces se detuvo repentinamente avergonzado como si acabase de ser sorprendido en una falta.

Después se miró atentamente maravillado de resultar verdaderamente un buen mozo, sonrió complaciente y, por último, despidiéndose de su imagen se saludó muy bajito, con ceremonia, tal como se saluda á los grandes personajes.



III



Cuando Jorge Duroy se encontró en la calle no sabía qué dirección tomar.

Sentía la necesidad de correr, de soñar, de caminar delante de sí

mismo pensando en el porvenir, respirando el suave ambiente de la noche; pero la serie de artículos que el Sr. Walter le había encomendado le preocupaba y esto le decidió á entrar en su casa lo antes posible

para ponerse manos á la obra.

Á grandes pasos se encaminó, pues, á su casa y ganando el bulevar exterior, le siguió hasta la calle de Boursault en donde habitaba. Su casa, que constaba de

seis pisos, estaba poblada por veinte inquilinos de condición modesta, obreros con casa puesta los unos y los demás pequeños rentistas ó industriales. Duroy subió la escalera alumbrándose con cerillas y al contemplar los inmundos tramos en los que abundaban trozos de papel y puntas de cigarrillos juntamente con mondaduras de cocina, no pudo reprimir una sensación de repugnancia y de asco, y un deseo dominó en aquel momento su espíritu : salir de allí cuanto antes y vivir como viven los hombres ricos en habitaciones limpias y alfombradas. Habíasele subido al cerebro aquel olor pesado de cocina, mezclado con emanaciones de letrina y de cuerpos humanos, olor de muralla vieja y rancia, allí estancado y fijo aunque se empleasen para expulsarle todas las corrientes de aire.

La habitación del joven estaba en el quinto piso y daba, como sobre un profundo abismo, sobre la inmensa zanja que formó la línea férrea del Oeste, encima justamente de la salida del túnel junto á la estación de Bati-gnolles. Duroy abrió la ventana y se puso de codos sobre la barandilla de hierro cubierta de orin.

Por bajo de él, en el fondo de la sombría zanja, destacábanse inmóviles y semejantes á grandes ojos de bestia tres señales rojas, un poquito más lejos se veían otras y por último más allá, otras tres luces todavía.

Á cada instante interrumpían el silencio de la noche los silbidos prolongados de los trenes; algunos de ellos sonaban muy próximos y otros apenas perceptibles, los que venían de allá abajo, de la parte de Asnières, los cuales expresaban modulaciones parecidas á gritos humanos. Particularmente uno, se aproximaba, siempre con su quejido lastimero, agrandado de segundo en segundo, hasta que al fin se resolvió en una

luz amarilla enorme que corría produciendo grande estrépito.

Duroy contempló aquel largo rosario de vagones, que fueron inmediatamente tragados por el túnel, y después se dijo : « Vamos á trabajar », colocando, en efecto, la lámpara de que disponía sobre la mesa. Mas al tiempo de ponerse á escribir cayó en la cuenta de que solamente había en su casa un cuadernillo de papel de cartas :

— Qué importa, pensó; lo utilizaré abriendo en todo su grandor los pliegos.

Introdujo, pues, la pluma en el tintero y con la mejor letra que pudo encabezó su escrito :

Recuerdos de un cazador de África.

Luego buscó el comienzo de la primera frase y con la frente apoyada en la mano y los ojos fijos sobre la blanca cuartilla, desplegada ante él, permaneció así por algún tiempo.

¿Pero qué es lo que iba á decir? Ahora no se le ocurría nada de cuanto poco antes había referido, ni una anécdota, ni siquiera un hecho. De repente pensó : « Debo comenzar por mi partida para la Argelia » y escribió : « Era en 1874, á mediados de mayo y en los momentos precisamente en que Francia, agotada por la crecida indemnización de guerra, comenzaba á reposar después de las catástrofes del año terrible... »

Al llegar aquí se detuvo no sabiendo cómo relacionar después su embarque, su viaje, sus primeras emociones; así es que, tras algunos minutos de reflexión, decidió dejar para el día siguiente la cuartilla preparatoria de sus artículos y hacer por el momento una descripción de Argel.

« Argel es una ciudad blanquísima... » escribió sobre

la cuartilla sin acertar después á decir cosa ninguna. Aparecíasele en recuerdos la linda ciudad mora con sus blancas y sencillas casitas bajando á modo de cascada desde lo alto de la montaña hasta el mar, pero no encontraba una sola palabra para expresar lo que había visto y sentido.

Después de un gran esfuerzo continuó : « Está habitada en parte por los árabes... »

Y como la inspiración se presentaba siempre reacia, concluyó por arrojar la pluma sobre la mesa y levantarse de la silla.

Entonces vió sobre su modesto catre de hierro, en el que el peso de su cuerpo había llegado á marcar un hueco, las ropas de diario en desorden, cansadas, flojas, vacías; feas como los vestidos de la Morgue, y cerca de allí, sobre una silla de paja, vió también el sombrero de copa, único de que disponía, abierto como para recibir una limosna.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas por papel gris con ramilletes azules y tenían tantas manchas como flores, unas manchas antiguas y sospechosas de naturaleza indefinible, que así podían ser de insectos despachurrados como gotas de aceite, huellas de dedos grasientos de pomada, como espuma salpicada de la palangana al tiempo de lavarse. Aquello trascendía á miseria vergonzante, esa miseria de los hoteles pobres de París.

Y un movimiento de desesperación le sublevaba contra aquella pobreza. Era forzoso salir de allí en seguida, aquella existencia de menesteroso debía concluir desde el día siguiente.

Un verdadero ardor de trabajo se apoderó de él repentinamente y vuelto á la silla comenzó á buscar

frases para mejor describir la fisonomía encantadora y extraña de Argel, antecámara del África misteriosa y profunda, el África de los Árabes errantes y de los negros ignorados, el África inexplorada y tentadora que alguna vez se nos muestra en los jardines públicos; y quiso describir también los animales inverosímiles que parecen creados únicamente para los cuentos de hadas, y los avestruces, esas gallinas extravagantes, las gacelas, esas cabras divinas; las sorprendentes y grotescas girafas, los graves camellos, los hipopótamos monstruosos y los informes rinocerontes, los gorilas, esos hermanos horrorosos del hombre.

Sentía vagamente los pensamientos y acaso los hubiera dicho, pero no podía formularlos por escrito. Y su impotencia le ponía calenturiento hasta el punto de que se levantó de nuevo con las manos húmedas de sudor y la sangre agitándose en las sienes.

En esto sus ojos se fijaron sobre la cuenta de la lavandera, que la portera le había subido aquella misma noche, y bruscamente se sintió sobrecogido de una desesperación infinita. Toda su alegría desapareció en un segundo y con ella su confianza en sí mismo y su fe en el porvenir. Era asunto concluído, todo estaba terminado; ni haría nada, ni sería nada; se sentía vacío, incapaz, inútil, condenado.

Y de nuevo se volvió á la ventana en el momento justamente en que un tren salía del túnel con repentino y violento ruido. Un tren que se iba allá lejos á través de los campos y de las llanuras, hacia el mar, haciéndole recordar á Duroy la casa querida de sus padres. Aquel tren iba á pasar cerca de ellos, á unas leguas de distancia solamente de la casa paterna, que en aquel momento se le representó á su vista en lo alto de la

costa dominando á Rouen y al inmenso valle del Sena, á la entrada de la aldea llamada Canteleu.

Su padre y su madre tenían un pequeño estableci-



miento de bebidas, un ventorrillo donde los burgueses de los contornos venían á almorzar el domingo : *Venta de Buena Vista.*

Aquellos buenos viejos habían querido hacer de su hijo un señor y le habían mandado al colegio, y cuando concluidos sus estudios fracasó en los ejercicios del bachillerato, partió para el servicio militar con intención de llegar á oficial, á coronel, á general si podía. Pero disgustado del estado militar mucho antes de haber concluido sus cinco años, soñaba ya con hacer fortuna en París.

Así es que una vez el tiempo de su servicio terminado se había venido á París á pesar de los ruegos de su padre y de su madre que, ya que sus sueños no habían podido realizarse, querían tenerle á su lado. Él por su parte esperaba siempre un porvenir y entreveía el

triunfo en medio de acontecimientos confusos todavía en su espíritu, pero á los que seguramente él haría nacer secundándolos luego.

Ya en su vida de regimiento había tenido triunfos mientras estaba de guarnición, buenas conquistas en el mundo de mujeres fáciles y hasta algunas aventuras en un mundo más elevado, pues había seducido á la hija de un arrendatario de contribuciones que estaba dispuesta á dejar todo por seguirle, y á la mujer de un procurador, la cual llegó á quererse ahogar, desesperada de que él no la quería más. Sus camaradas decían de él : « ¡ Vaya qué punto ! Lo que es éste, sabrá siempre componérselas para salir adelante... » Y él se había prometido, en efecto, salir adelante.

Su conciencia nativa de normando desgastada por la práctica diaria de la vida de guarnición y distendida por los ejemplos de merodeo en África, los gages ilícitos y las supercherías sospechosas, se había convertido en una caja de triple fondo en la que había de todo, no pudiendo como no podía sustraerse á las ideas de honor comunes en el ejército y que influían en él juntamente con la vanagloria de clase y las bravatas del oficio y los sentimientos patrióticos, al propio tiempo que esa inclinación á lo grande que es moneda corriente en las historias que unos á otros se cuentan los sargentos.

Pero lo que más que nada dominaba en él era el deseo de ser algo.

Esta noche, sin darse cuenta, se había dejado llevar, como tantas otras, de su propensión al desvarío, y ya imaginaba una aventura de amor, magnífica, soberbia, que le llevaba de un golpe á la realización de sus sueños : ya se unía en matrimonio á la hija de un banquero ó de

un gran señor, encontrada por casualidad en la calle y conquistada de buenas á primeras.

El silbido estridente de una locomotora que salía sola del túnel, como un conejo de su madriguera, y que corriendo á todo vapor sobre los railes buscaba el abrigo de la estación donde debía reposar, le despertó de su sueño.

Reanimado entonces por la confusa y alegre esperanza que tan frecuentemente dominaba en su espíritu, envió un beso cariñoso á la noche, un beso de amor hacia la mujer esperada, un beso de pasión hacia la soñada fortuna.

« Bah, murmuró, cerrando la ventana y mientras comenzaba á desnudarse; mañana estaré mejor dispuesto. Esta noche no tengo libre el espíritu, y, además, acaso he bebido con exceso. En estas condiciones es imposible trabajar. »

Se metió en la cama, apagó la luz y casi inmediatamente se quedó dormido.

Al siguiente día se despertó temprano, como sucede siempre en los días de viva esperanza ó de preocupaciones del ánimo, y saltando de la cama abrió la ventana para tragarse una buena taza de aire fresco, como decía.

Las casas de la calle de Roma, situadas en frente de la suya, al lado opuesto de la ancha fosa del camino de hierro, resplandecían á la luz del sol naciente y parecían pintadas de claridad blanca. Á la derecha y á lo lejos, descubriábanse las colinas de Argenteuil, las alturas de Sannois y los molinos de Orgemont, todo ello entre una bruma azulada y ligera parecida á un pequeño velo que flotara transparente sobre el horizonte.

Duroy permaneció algunos minutos contemplando la lejana campiña y murmuró: « ¡Qué hermoso debe estar

todo aquello en un día como este! » Pensó después en que era preciso trabajar en seguida y enviar á su oficina al hijo de la portera, dándole cincuenta céntimos de gratificación y el encargo de decir que estaba enfermo.

Volvió como la noche antes á la mesa, mojó la pluma, apoyó en la mano izquierda la frente y buscó las ideas. Todo en vano, las ideas no venían.

Pero no se desalentó, sin embargo, y pensó: « Bah, es que no tengo costumbre todavía. Esto no es más que un oficio que se aprende como todos, y será necesario que me ayuden las primeras veces. Forestier mismo me arreglará el artículo en diez minutos. »

Y se vistió.

Cuando se encontró en la calle, reflexionó que era aún demasiado temprano para presentarse en casa de su amigo, el cual debía dormir hasta tarde. Se paseó, pues, haciendo tiempo bajo los árboles del bulevar exterior y, como todavía no eran las nueve, se llegó hasta el parque Monceau que con la humedad de los riegos estaba fresco y delicioso, y sentándose sobre uno de los bancos del jardín, se puso de nuevo á soñar. Delante de él iba y venía un joven muy elegante que



por las trazas esperaba á una mujer, pues ésta apareció á los pocos momentos cubierta con un velo, se acercó á él con paso rápido, tomó su brazo y ambos se alejaron después de estrecharse brevemente la mano.

Una necesidad imperiosa de amor se apoderó de Duroy, necesidad de amores distinguidos, perfumados, finos. Se levantó de su asiento y, pensando en Forestier, se puso en camino. « ¡Este sí que era dichoso, Forestier! »

En el momento en que su amigo salía, llegaba Duroy delante de la puerta.

— ¡Tú por aquí á esta hora! ¿Qué me quieres?

Duroy se turbó al encontrarle en aquel momento en que ya se iba y balbuceó:

— Es que... es que... no puedo conseguir hacer mi artículo, ¿sabes? El artículo que me ha pedido Mr. Walter sobre Argelia. No tiene nada de particular puesto que no habiendo escrito nunca, me falta la práctica. Estoy seguro de adquirirla pronto, pero para comenzar no sé cómo componérmelas. Las ideas las tengo, pero no puedo expresarlas.

Al llegar aquí paró de hablar vacilando algún tanto. Forestier sonrió con malicia.

— Ya sé lo que es eso.

— Creo que eso le debe suceder á todo el mundo, volvió á decir Duroy. Pues bien yo venía... á pedirte que me ayudases un poco. Tú me arreglarías en diez minutos el artículo mostrándome el giro que debe darse á la frase, y con esto me dabas al mismo tiempo una buena lección de estilo. De otro modo no sé cómo voy á salir del apuro.

El otro seguía sonriendo siempre con aire jovial; por fin, tocándole familiarmente en el brazo le dijo:

— Sube á ver á mi mujer y ella te arreglará el artí-

culo lo mismo que yo; la tengo amaestrada en este trabajo. Yo mismo lo haría con mucho gusto si no fuese porque no tengo tiempo ahora.

Duroy vacilaba, no se atrevía...

— ¿Pero, á esta hora, cómo quieres que yo la moleste?

— Nada de eso. Está ya levantada y la encontrarás seguramente en mi despacho ocupada en arreglar notas mías.

Duroy se negaba á subir.

— No... eso no puede ser, repetía.

Forestier le tomó entonces por los hombros, le hizo girar sobre los talones, y empujándole hacia la escalera le dijo:

— Pero, ¿no te digo que subas, majadero? No creo que me vas á obligar á subir mis tres pisos para presentarte y explicar el caso en que te encuentras.

Entonces decidióse Duroy á subir.

— Gracias, chico. La diré que tú, absolutamente tú, me has obligado á molestarla.

— Está bien. No te comerá por eso, puedes estar tranquilo. Sobre todo, no te olvides luego de estar á las tres en punto.

— ¡Oh! Pierde cuidado.

Forestier se fué con aire apresurado mientras Duroy subía lentamente la escalera, tramo á tramo, pensando en lo que iba á decir é inquieto de la acogida que obtendría.

El doméstico vino á abrirle la puerta, vestido con un delantal azul y con una escoba en la mano.

— El señor ha salido, dijo sin esperar la pregunta.

— Pregunte Vd. á M^{me} Forestier, insistió Duroy, si puede recibirme, advirtiéndola que vengo de parte de su esposo á quien he encontrado en la calle.

Y esperó.

El doméstico volvió con la respuesta :

— Puede Vd. pasar, la señora espera, dijo en voz más alta y al mismo tiempo que abría una puerta que se encontraba á la derecha de la entrada.

La señora de Forestier hallábase sentada en un sillón de la mesa-despacho en una pequeña pieza cuyas paredes estaban literalmente cubiertas de libros bien alineados sobre tablas de negra madera. Las encuadernaciones de diversos matices que allí había, rojas, amarillas, verdes, violetas, azules, daban una nota de color y de alegría en aquel monótono alineamiento de volúmenes.

Así que el joven entró, se volvió, sonriente siempre, hacia él. Aparecía elegantemente envuelta en un peinador blanco guarnecido de encaje, y al tenderle la mano mostró su brazo desnudo dentro de una manga ampliamente abierta.

— ¿ Ya? dijo la joven. No es un reproche sino una simple pregunta.

— Señora, yo no quería subir, dijo Duroy balbuceando, pero su marido de Vd., á quien he encontrado abajo, me ha obligado á ello. Tan confuso me tiene la ligereza cometida que no me atrevo siquiera á decirle el objeto que me trae.

Ella le mostró entonces un asiento :

— Siéntese Vd. y hable, le dijo mientras que entre dos dedos jugueteaba ágilmente con una pluma de ave.

Encima de la mesa veíase una gran cuartilla de papel escrita hasta la mitad solamente, pues la entrada de Duroy la había interrumpido en su trabajo.

Allí sentada y con el pupitre delante, M^{me} Forestier tenía el aire de estar tan á sus anchas como en su salón entregada á sus ocupaciones ordinarias.

Un ligero perfume se desprendía del peinador, é perfume todavía fresco de la *toilette*. Y Duroy trataba de adivinar, creía ver aquel cuerpo claro y joven, cálido y robusto suavemente envuelto en la blandísima tela.

Como no hablaba, ella volvió á preguntarle :

— ¿ Y dice Vd. que es?...

Con vacilación contestó Duroy :

— Pues me ocurre... Pero verdaderamente... no me atrevo... Es que ayer noche trabajé hasta muy tarde y esta mañana me he levantado muy temprano... para hacer ese artículo sobre Argelia que me encargó Mr. Walter... y no consigo hacer nada que valga la pena; he roto todos mis ensayos. No tengo costumbre de hacer esta clase de trabajos y venía á pedir á Forestier que me ayudase... por una sola vez...

La señora le interrumpió riendo con toda su alma. Y feliz, alegre y lisonjeada se adelantó á decirle :

— ¿ Y le ha dicho á Vd. que venga á verme?... Esto es gracioso...

— Sí, señora. Me ha dicho que Vd. me sacaría del apuro mejor que él... Pero yo no me atrevo, ¡ vamos! no quería; ¿ Vd. comprende?

Ella se levantó :

— Realmente va á ser una cosa encantadora colaborar así. Me complace mucho la idea de Vd.

Y señalándole su propio sillón le dijo :

— Siéntese Vd. aquí en mi sitio, porque en el periódico conocen mi letra.

Duroy se sentó, tomó una pluma, colocó delante una cuartilla y esperó.

M^{me} Forestier, que permanecía de pie, le miraba mientras él hacía sus preparativos, luego tomó de encima de la chimenea un cigarrillo y le encendió :

— Yo no puedo trabajar sin fumar. Vamos á ver : ¿ qué es lo que quiere Vd. contar?

Duroy levantó la cabeza hacia ella con extrañeza.

— Pero si no lo sé, precisamente por eso he venido á ver á Vd.

— Bueno, yo le arreglaré á Vd. el artículo, es decir, yo se lo aderezaré, pero necesito el plato.

Él continuaba sin saber qué decir. Por último, aunque no sin vacilación, dijo alguna cosa :

— Yo quisiera referir mi viaje desde su principio...

La señora de Forestier se sentó entonces enfrente de él, del otro lado de la mesa, y mirándole en los ojos, le habló de esta suerte :

— Está bien. Refiéramelo Vd., á mí primero, para mi sola ¿ usted comprende? punto por punto, sin olvidar nada, y yo después elegiré aquello que sea necesario decir.

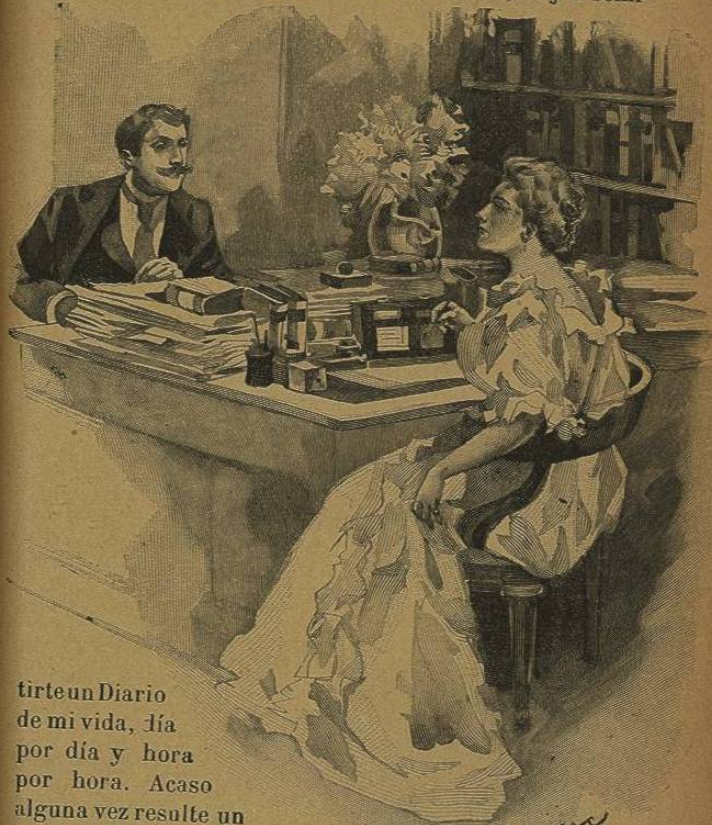
Pero como no sabía por dónde comenzar, ella se puso á preguntarle, del mismo modo que lo hubiera hecho un sacerdote en el confesonario, presentándole cuestiones precisas que le recordaban detalles olvidados, personajes que había visto, figuras simplemente advertidas durante su viaje.

Y cuando ya la joven le hubo escuchado por espacio de un cuarto de hora escaso, le interrumpió de repente :

— Ahora vamos á comenzar. Primeramente suponemos que Vd. envía sus impresiones á un amigo suyo, lo cual le permite á Vd. decir toda clase de tonterías y de hacer observaciones de todo género, así como también de ser llano y original cuanto cabe. Comience Vd. :

« Mi querido Enrique : Tú quieres saber lo que es la Argelia, ¿ no es verdad? Pues vas á saberlo. Á ese fin

y no teniendo yo nada que hacer en la pequeña jaula de barro seco que me sirve de habitación, voy á remi-



tirte un Diario de mi vida, día por día y hora por hora. Acaso alguna vez resulte un poco vivo; no importa, puesto que no estás obligado precisamente á mostrarlo

á las señoras de tu amistad ó de tu conocimiento.... »

M^{me} Forestier interrumpió la redacción un instante para encender de nuevo el cigarrillo, é inmediatamente cesó el rechinar ligero y chillón que la pluma de ave producía sobre el papel.

— Continuemos, dijo la joven.

« La Argelia es un gran país francés sobre la frontera de grandes países desconocidos, á los cuales se designa bajo el nombre de El Desierto, El Sahara, el África Central, etc., etc.

« Argel es la puerta, la puerta blanca y encantadora de este continente extraño.

« Pero es el caso que hay que venir aquí y eso no es de color de rosa para todo el mundo. Ya sabes que soy un excelente jinete, y la prueba es que tengo á mi cargo domar los caballos del coronel; sin embargo, se puede ser un buen jinete y no ser marino sino muy malo. Este es el caso mío.

« ¿Te acuerdas del médico mayor Simbretas, al cual llamábamos doctor Ipecacuana?

« Siempre que creíamos estar maduritos para pasar en la enfermería veinticuatro horas, no teníamos más que presentarnos en la visita.

« El médico estaba sentado en su silla, con sus piernas abiertas dentro de aquel pantalón encarnado, sus manos sobre las rodillas, los brazos formando puente con los codos al aire.

« ¿Te acuerdas cómo nos miraba con aquella cara de pascuas mordiscándose el bigote cano?

« ¿Te acuerdas de su prescripción?

« Este soldado está enfermo de desarreglo del estómago. Désele el vomitivo nº 3 de mi fórmula, y con doce horas de reposo después, irá bien.

« Aquel vomitivo era soberano, irresistible. Se tomaba porque era preciso tomarlo, y luego, ya que se había pasado por la fórmula del doctor Ipecacuana, disfrutaba uno de doce horas de reposo bien ganado.

« Pues bien, amigo mío, para llegar al África es necesario sufrir por espacio de cuarenta horas otra especie de vomitivo irresistible, según la fórmula de la Compañía Transatlántica. »

La joven se frotaba las manos completamente satisfecha de su idea.

Después se levantó y se puso á pasear, encendió otro cigarrillo y siguió dictando, mientras soplabá las bocanadas del humo que, en filamentos, salía recto por un pequeño agujerillo abierto en medio de sus labios cerrados. Aquellos filamentos se ensanchaban luego y se evaporaban, dejando por ciertos sitios en el aire, á modo de líneas grises, una especie de bruma transparente, de vapor húmedo parecido á tela de araña. Alguna vez borraba con un movimiento de su mano, que la tenía abierta, las huellas ligeras y más persistentes del humo; otras veces se complacía en separarlas imprimiendo un movimiento cortante á su dedo índice, mirando luego con grave atención cómo desaparecían lentamente los dos trozos de vapor imperceptible.

Duroy seguía con los ojos dirigidos hacia ella todos los movimientos y actitudes de su cuerpo y de su semblante, ocupados entonces en aquel juego caprichoso que en nada dificultaba realmente á la labor de su pensamiento.

Por el contrario, ahora imaginaba ella las peripecias de la navegación, hacía el retrato de compañeros de viaje imaginarios y bosquejaba una aventura de amor

con la señora de un capitán de infantería que iba á unirse á su marido.

Sentada de nuevo en frente de Duroy, le pregunto acerca de la topografía de Argelia que ella ignoraba en absoluto, y en diez minutos supo tanto como él sabía, pudiendo por consiguiente dictarle un pequeño capítulo de geografía política y colonial para poner al lector al corriente y prepararle sobre las graves cuestiones que deberían ser tratadas en los artículos sucesivos.

Después continuó por una excursión en la provincia de Orán, una excursión fantástica en la que especialmente era cuestión de mujeres moriscas, judías ó españolas.

— No hay nada como esto, decía M^{me} Forestier, para interesar al público.

El trabajo terminaba por un día de permanencia en Saïda, al pie de las altas mesetas, y por una hermosa intriga de amor entre el sargento Jorge Duroy y una obrera española empleada en la manufactura de alfa de Aïn-el-Hadjar, intriga en la cual se referían las citas nocturnas allá en la desnuda y pedregosa montaña, mientras los chacales, las hienas y los perros árabes clamaban, ladraban ó aullaban en medio de las rocas.

— (Continuará), dijo Madama Forestier alegremente. Y volviéndose á levantar le dijo á Duroy:

— Ahí tiene Vd., amigo mío, cómo se escribe un artículo. Firmelo.

— Pero..., observó Duroy indeciso.

— ¡Qué duda cabe! Firmelo Vd.

Duroy se echó á reir entonces y escribió: « Jorge Duroy. »

Mientras ella seguía fumando y dando paseitos, él la

miraba con fijeza sin acertar á decir nada que indicase su agradecimiento, dichoso como estaba de hallarse allí cerca de ella, penetrado de gratitud profunda y de delicia sensual con aquella intimidad naciente. Parecía que todo cuanto la rodeaba formaba parte de su persona, hasta las paredes cubiertas de libros. Los asientos, los muebles, el aire, en el que flotaba el olor del tabaco, tenían algo de particular, de bueno, de suave, de delicioso que venía de su mismo ser.

— ¿Qué piensa Vd. de mi amiga la señora de Marelle? le preguntó bruscamente la joven.

Duroy quedó sorprendido de aquella pregunta.

— Pues la encuentro... la encuentro seductora.

— ¿No es verdad que lo es?

— Ciertamente que sí, dijo Duroy. De buena gana hubiera añadido: Aunque no tanto como Vd.

— ¡Y si Vd. supiera, continuó la joven, cómo es original é inteligente! Es, si Vd. quiere, una bohemia, una verdadera bohemia. Por esto apenas si su marido la quiere. Ve solamente los defectos y no aprecia las buenas cualidades.

Duroy quedó estupefacto de saber que la señora de Marelle estaba casada, y sin embargo era bastante natural que lo estuviese.

— ¿Conque..... es casada? ¿Y qué hace su marido? preguntó.

M^{me} Forestier se encogió suavemente de hombros y frunció ligeramente el entrecejo con un solo movimiento lleno de significaciones incomprensibles.

— Es inspector de la línea del Norte. Pasa en París ocho días del mes, lo que su mujer llama « el servicio obligatorio » ó « la semana santa ». Cuando Vd. la conozca

mejor, verá qué delicada y qué simpática es. Vaya Vd. á verla un día de estos.

Duroy no pensaba ya en marcharse, le parecía que iba á estarse allí siempre, que estaba en su casa. Pero en aquel momento la puerta se abrió sin ruido, y un señor alto, al cual no se le había anunciado, se adelantó hacia ellos.

Al ver un hombre se detuvo. M^{me} Forestier apareció como turbada un segundo, pero después dijo con voz natural aunque colorándose de un ligero rubor que la subió desde los hombros al semblante :

— Pero entre Vd., amigo mío. Le presento á un buen amigo de Carlos, el señor Jorge Duroy, futuro periodista.

Después y en tono diferente añadió :

— El conde de Vaudrec, el mejor y más íntimo de nuestros amigos.

Los dos hombres se saludaron mirándose al fondo de los ojos, y Duroy se retiró inmediatamente.

Nada se le dijo para retenerle. Balbuceó algunas frases de reconocimiento, estrechó la mano que la joven le tendía, se inclinó todavía ante el recién llegado que conservaba un semblante frío y serio de hombre de mundo, y salió completamente turbado, lo mismo que si acabara de incurrir en una enorme necesidad.

Al encontrarse en la calle se sintió triste, incómodo, obsesionado por la confusa sensación de un dolor oculto. Caminaba delante de sí, preguntándose la razón de aquella súbita melancolía, y, aunque no la encontraba, la figura severa del conde de Vaudrec se le aparecía incesantemente en su recuerdo, con aquel semblante ya algo viejo, el cabello comenzando á blanquear, y un aire tranquilo é insolente de señor muy rico y seguro de sí mismo.

Y se le apareció entonces la llegada de aquel caballero desconocido interrumpiendo una conversación encantadora, á la que se acostumbraba ya, y produciendo en su alma esa sensación de frío y de desaliento que una simple palabra, una pena entrevista, la cosa más nimia nos causan á veces.

Sin adivinar porqué, le parecía también que aquel hombre habíase contrariado de encontrarle allí.

Duroy no tenía nada que hacer hasta las tres, y como aun no era mediodía y quedábanle en el bolsillo seis francos cincuenta, se dirigió á un restaurant Duval para almorzar. Luego, y con objeto de hacer tiempo, dió una vuelta por el Bulevar, y, así que dieron las tres, subió la escalera-reclamo de *La Vida Francesa*.

Los ordenanzas de la redacción reposaban sobre una banqueta con los brazos cruzados, mientras que un ujier clasificaba la correspondencia que acababa de llegar, sentado detrás de un pequeño bufete. La decoración era de lo mejor que podía imaginarse para imponer al visitante. Todo el mundo estaba vestido allí con elegancia, tenía maneras, revelaba una cierta dignidad, tal como convenía á la antecámara de un gran periódico.

— ¿ Mr. Walter ? preguntó Duroy.

— El Sr. Director está ocupado en este momento, respondió el ujier. Si Vd. tiene la bondad de esperar un poco...

Y le indicó el salón de espera lleno ya de gente.

Veíanse allí hombres graves, condecorados, importantes, y también hombres desaliñados, cuya ropa blanca resultaba invisible á causa de llevar abrochada hasta el cuello la mugrienta levita, que en algunos de ellos recordaba las separaciones de continentes y mares

de las cartas geográficas por los dibujos que las manchas formaban en el pecho. Entre toda aquella gente había tres mujeres. Una de ellas, bastante bonita y compuesta, sonreía siempre y tenía un aire de *cocota*; su vecina, una mujer de trágico semblante, arrugada y también compuesta aunque de modo más serio, llevaba en sí ese algo de ajado y de artificioso que en general se nota en las antiguas actrices, una especie de juventud falsa y aventada, algo así como un perfume de amor enranciado por el tiempo.

La tercera mujer estaba vestida de luto y se mantenía apartada en un rincón con aire de viuda desolada. Duroy pensó en si iría á pedir una limosna.

Pero el tiempo pasaba y, á pesar de haber transcurrido más de veinte minutos, no se daba entrada á nadie.

Duroy tuvo una idea, y volviendo adonde el ujier se encontraba, le dijo :

— Mr. Walter me ha dado cita para las tres. Vea Vd., en todo caso, si mi amigo el señor Forestier está en la redacción.

Se le hizo entonces pasar por un largo pasillo que le condujo á una gran sala en donde había cuatro señores escribiendo alrededor de una gran mesa verde.

Forestier se hallaba de pie delante de la chimenea y fumaba un cigarrillo jugando al boliche, juego en el que era muy diestro, y todas las veces daba con la enorme bola de boj amarillo en el palillo de madera. En este momento contaba :

— Veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco.

— Veintiséis, pronunció Duroy.

Su amigo levantó los ojos sin detener el movimiento regular de su brazo :

— ¡Hola! ¡ya estás aquí! Ayer hice cincuenta y siete

tantos seguidos. No hay aquí más que Saint-Potin que me gane á este juego. ¿ Has visto al director? No hay nada más original que ver jugar al boliche á este viejo de Norberto. Cuando tira abre una boca que parece que quiere tragarse la bola.

Uno de los redactores volvió la cabeza hacia Forestier.

— Oye, yo sé de un boliche en venta, soberbio, de madera de las Islas. Ha pertenecido á la reina de España, según se dice, y piden por él sesenta francos. No es caro.

— ¿ Dónde se encuentra ?

Como en aquel momento erraba el tanto treinta y siete, abrió un armario en el cual Duroy pudo ver unos veinte bolichessoberbios, numerados y clasificados como los objetos de bisutería de una colección. Después que hubo colocado el instrumento en su sitio correspondiente, volvió á preguntar :

— ¿ Y dónde está esa alhaja ?

— En casa de un revendedor de billetes del Vaudeville, respondió el periodista. Mañana mismo te traeré la cosa, si quieres.

— Corriente. Si es verdaderamente bonito le compro. Nunca tiene uno demasiados boliches.

Volvióse luego hacia Duroy y le dijo :

— Ven conmigo, voy á introducirte en el despacho del director ; de otro modo te pudrirías aquí hasta las siete.

Y atravesaron de nuevo el salón de espera en donde todavía permanecían las mismas personas y en el mismo orden.

Así que Forestier apareció, la señora joven y la vieja actriz se levantaron presurosas y se dirigieron á él, y las llevó primero á una y después á otra al alféizar de la ventana. Por más que en la conversación cui-

dasen lo mismo él que ellas de hablar en voz baja, Duroy observó que Forestier tuteaba á las dos.

Una vez concluída su conferencia con las mujeres, Forestier empujó sucesivamente dos puertas acolchadas, y seguido de Duroy, penetró en la habitación del director.



La conferencia que éste tenía desde hacía más de una hora, quedaba reducida á una partida de ecarté

con algunos de aquellos señores de sombreros de copa con alas aplanadas que Duroy había visto la víspera.

Mr. Walter tenía las cartas y jugaba con una atención concentrada y movimientos cautelosos, mientras que su adversario abafía, levantaba, manejaba los ligeros y colorados cartones con una delicadeza, una maestría y una gracia de jugador ejercitado.

Norberto de Varenne escribía un artículo sentado en el sillón del director mientras que Jacobo Rival, tendido á lo largo en un diván y con los ojos cerrados, fumaba un cigarro.

Sentíase allí dentro un olor particular, olor á cuarto cerrado, al cuero de los muebles, olor á tabaco y á imprenta; en una palabra, un olor característico de sala de redacción que conocen todos los periodistas.

Sobre la mesa de madera negra con incrustaciones de cobre yacía un montón inverosímil de papeles revueltos: cartas, tarjetas, periódicos, revistas, notas de proveedores, impresos de todo género.

Forestier estrechó las manos de los que de pie y detrás de los jugadores apostaban sobre los lances del juego, y sin decir una palabra contempló la partida. Después y así que el viejo Walter ganó, dijo presentándole:

— Aquí está mi amigo Duroy.

El director se encaró bruscamente con el joven, deslizando por encima de los lentes un rápido golpe de vista, y en seguida le preguntó:

— ¿Me trae Vd. mi artículo? Precisamente encaja bien hoy al mismo tiempo que la discusión Morel.

Duroy sacó del bolsillo las cuartillas de papel plegadas en cuarto:

— Sí, señor, aquí las tiene Vd.

El director pareció encantado, y sonriente le dijo:

— Muy bien, muy bien. Veo que es Vd. hombre de palabra. Hay que ver esto, Forestier.

Pero Forestier se apresuró á contestar:

— No hay necesidad, Mr. Walter, yo he trabajado con él para enseñarle el oficio. Ha resultado una buena crónica.

Y el director que en este momento recibía las cartas de un señor alto y delgado, un diputado del centro izquierdo, añadió con indiferencia:

— Perfectamente entonces.

Forestier no le dejó comenzar su nueva partida, é inclinándose le dijo al oído:

— Vd. sabe que me ha prometido admitir á Duroy en reemplazo de Marambot. ¿Quiere Vd. que yo le poseione en iguales condiciones?

— Sí, perfectamente.

El periodista tomó entonces el brazo de su amigo y se le llevó mientras que Mr. Walter se ponía á jugar de nuevo.

Norberto de Varenne no había lavado la cabeza y parecía no haber visto ó reconocido á Duroy! Jacobo Rival, en cambio, le había estrechado la mano con una energía insinuante y cariñosa de buen camarada, con el cual se puede siempre contar en cualquier lance.

Forestier y Duroy atravesaron una vez más el salón de espera, y cuando todo el mundo levantó la vista, Forestier dijo á la más joven de las mujeres en tono bastante alto para ser oído de los demás pacientes :

— El director va á recibirla á Vd. en seguida. En este instante tiene una conferencia con dos miembros de la comisión de presupuestos.

Después pasó rápidamente con aire de hombre importante y apresurado, cual si en aquel instante hubiese de redactar un despacho de una gravedad extrema.

Una vez en la sala de redacción, Forestier volvió á tomar en seguida su boliche, y comenzando á jugar de nuevo y cortando sus frases para contar los tantos, dijo á Duroy :

— Es cosa hecha. Vendrás aquí todos los días á las tres y te diré las visitas y diligencias que es preciso hacer en el día, ya por la noche, ya por la mañana temprano. — Uno. — Voy á darte primero una carta de introducción para el jefe del primer negociado de la prefectura, — dos, — que te pondrá en relación con uno de sus subalternos y tú te arreglas con él para todas las noticias importantes — tres, — del servicio de la prefectura, las noticias oficiales, bien entendido, y las casi

oficiales. Para todo detalle que necesites te dirigirás á Saint-Potin que está al corriente, — cuatro, — ya le verás ahora ó mañana. Convendrá sobre todo que te acostumbres á sacar partido de ciertas personas que yo te indicaré á fin de que suelten la sin hueso, — cinco, — y también á penetrar en todas partes, aunque estén las puertas cerradas, — seis. Por este servicio tendrás doscientos francos al mes fijos, más diez céntimos por línea de todos los ecos interesantes que sean de tu cosecha, — siete, — y otros diez céntimos por línea, igualmente, en todos aquellos artículos que se te encarguen sobre asuntos diversos, — ocho.

Desde este momento ya no prestó atención sino á su juego y continuó contando despacio, — nueve, diez, once, doce, trece. El catorce le falló y le arrancó un juramento.

¡Voto á... con el número trece! siempre trae la mala sombra este número del diablo. Yo moriré ciertamente en un día trece.

Un redactor bajito que tenía el aire de niño siquiera contara treinta y cinco años de edad, así que concluyó su tarea tomó un boliche del armario. Después de él fueron entrando otros varios periodistas, que sucesivamente se iban derechos al armario y tomaban el juguete que les pertenecía.

Pronto llegaron á juntarse seis, uno al lado del otro, colocados en hilera de espaldas á la pared. Con movimiento idéntico y regular lanzaban al aire las bolas, encarnadas, amarillas ó negras, según la clase de madera, y ya establecida una partida seria, los dos redactores que todavía trabajaban se levantaron para llevar los tantos.

Forestier ganó por once puntos. Entonces el hombre pequeñito de aire infantil que había perdido, tocó al

timbre y pidió : « Nueve hocks, » y se pusieron de nuevo á jugar esperando que llegasen los refrescos.

Duroy bebió un vaso de cerveza con sus nuevos compañeros y preguntó luego á su amigo :

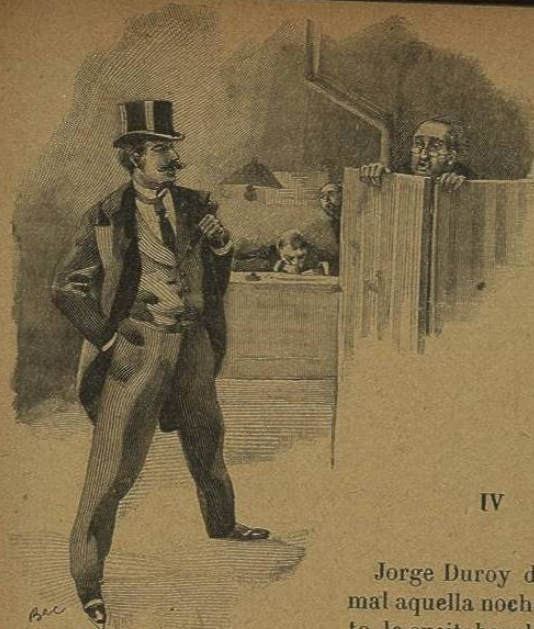
— ¿Qué es preciso que yo haga?

— Hoy no tengo nada para ti. Puedes marcharte si quieres.

— ¿Y... nuestro... nuestro artículo... va esta noche á la imprenta?

— Si, pero no te ocupes de él; yo corregiré las pruebas. Haz para mañana la continuación y ven aquí á las tres como hoy.

Duroy, después de haber estrechado las manos de todos, sin siquiera saber el nombre de ninguno de ellos, bajó de nuevo la hermosa escalera con el corazón lleno de júbilo y el espíritu alegre y satisfecho.



IV

Jorge Duroy durmió mal aquella noche, tanto le excitaba el deseo de ver impreso su artículo. Al amanecer del día siguiente, se echó de la cama, se vistió, y mucho antes de la hora en que los repartidores de los periódicos suelen llevarlos á los puestos, corriendo de uno á otro kiosco, ya recorría Duroy las calles de París.

Primeramente se dirigió á la estación de San Lázaro sabiendo de sobra que antes que á su barrio había de llegar allí *La Vida Francesa*, pero como todavía era demasiado temprano, se decidió á esperar paseando por la acera, hasta que vió llegar á la vendedora y abrir su tienda. En seguida divisó un hombre que llevaba sobre su cabeza un montón de grandes y amplios paquetes de periódicos plegados, y se precipitó para verlos. Eran el *Figaro*, el *Gil Blas*, el *Gaulois*, y dos ó tres más de la mañana : la *Vida Francesa* no estaba entre ellos.